



OCURRIO EN UN AVIÓN

Le llamaban el Obispo de la televisión. Era Monseñor Fulton Sheen. Las cadenas más poderosas de Norteamérica se lo disputaron durante años para que hablase en sus estudios y fuese contemplado y escuchado por millones de televidentes. Derrochó sabiduría, piedad, arte y una simpatía arrolladora. Sus charlas por la televisión deshacían prejuicios y resistencias hacia la religión católica.

Este hombre de Dios, aprovechaba sus viajes -que eran muchos y a veces muy largos- para seguir predicando a Cristo. Y Dios le ponía almas a su alcance, en el asiento vecino del tren o del avión, en el hotel, a la salida de una conferencia...

Contaba en cierta ocasión:

«Hace dos años, yo viajaba en un avión de Nueva York a Boston. Junto a mí se sentó una señorita joven. Noté que era de extraordinaria belleza. (Dios no me ha privado todavía del sentido de la vista). Antes de que yo empezara a hablar, la muchacha me preguntó:

-Señor Obispo, ¿no me conoce usted?

-Pues no, -le respondí.

-Fíjese bien -insistió la joven.

-Pues ni aun así. No recuerdo. Veo miles de caras... contesté. Entonces ella continuó hablándome así:

-Yo sí que me acuerdo de usted. Nos vimos hace dos años. Precisamente también en un avión, como ahora. Usted me dijo: "Señorita, es usted muy guapa. Sería estupendo que emplease su belleza en dar a conocer la belleza de Dios a quienes no le conocen".

En cuanto me habló así, yo pude responderle:

-Sí; esas palabras me suenan como de haberlas dicho en alguna ocasión... Ella continuó hablándome:

-Aquellas palabras de usted se repitieron en mi mente desde entonces varias veces, y me hicieron pensar en serio que era maravilloso entregarse a Dios para que otros le conocieran. Y creo haber llegado a un estado en que estoy dispuesta a todo lo que Dios quiera para realizar esa entrega.

En cuanto me dijo esas palabras, me atreví a proponerle:

-Pues si usted está dispuesta, véngase conmigo, apenas aterricemos en Boston y hablaremos de esa hermosa vocación.

Y la muchacha lo cumplió así. Hablamos, y se decidió.

Marchó como misionera a una leprosería del Vietnam. Con gran generosidad ofreció su belleza a Dios, y Dios le ha dado otra belleza más sublime: la belleza del alma que se entrega totalmente por el bien y la salvación de los demás».

JJM

BERNARDITA

Bernardita era una pobre niña que tenía dificultades para aprender sus lecciones. Su padre era molinero, pero la familia tenía muy poco dinero y vivían en una pequeña casa tan húmeda como una cueva. Eso no era saludable para Bernardita, que padecía asma y a menudo estaba muy enferma. Un día, Bernardita estaba juntando leños en la orilla de un río, cuando repentinamente vio una luz brillante y se le apareció una hermosa doncella: era María, la Madre de Dios. Regresó a su casa corriendo pero nadie le creyó.

La "dulce doncella" se le apareció una y otra vez. Finalmente le indicó que cavara un hoyo en la tierra, de donde surgió un manantial de agua fresca y milagrosa. Una madre desesperada, acudió con su bebé agonizante y tras sumergirlo en el agua, se curó milagrosamente. Pronto, una multitud de gente comenzó congregarse para ver a Bernardita rezando el rosario y hablando con la "dulce doncella" que sólo ella podía ver. El párroco y el obispo le creyeron cuando la Virgen María le dio un mensaje especial a Bernardita para que le transmitiera al obispo. Desde entonces, MILLONES de personas viajan para conocer la ciudad de Lourdes, en Francia, donde una pequeña niña que tenía malas calificaciones en la escuela fue visitada por la Madre de Dios.

LA FOTO QUE CAMBIO UNA VIDA

José Ramón vio en una papelera del instituto una foto que mostraba a un misionero con niños africanos. Se sintió atraído por esa imagen. La recogió y la guardó. José Ramón tenía escasa formación religiosa, pero le gustaba mirar la foto a menudo, sin saber muy bien el porqué.

Cuatro años más tarde, asomado a una ventana, era primavera, se preguntó de pronto: "¿por qué no hacerme sacerdote como el de la foto?" Y le inundó una alegría nueva e inexplicable.

Habló con su párroco y éste le presentó a un seminarista que le habló de Jesús, de los cristianos, de la llamada de Dios, de las diferentes formas de realizarla. No debía cansarse de pedirle luz para comprender lo que quería Dios de él.

«Un día encontré una iglesia abierta y entré -recuerda José Ramón-. Era fresca y silenciosa. Me gustaba sentarme en la penumbra y pedirle a Dios que me ayudara a saber qué hacer con mi vida. Fui muchas veces. En una ocasión, en el mismo banco donde estaba sentado había una revista misionera». Y se puso en contacto con los Misioneros Combonianos. Han pasado los años y José Ramón es hoy sacerdote, misionero comboniano en África.



EXCESO DE PROTECCION

"Quisiera en estas líneas comprender y aceptar a mis padres, dos personas verdaderamente entregadas a sus hijos. Vistos desde fuera se diría que mis padres no tenían vida propia porque sólo vivían para proteger a sus vástagos... pero calcularon mal la eficacia de su método. Nos criaron como si fuésemos de cristal y siempre estuviésemos expuestos a rompernos si nos tocaban. En nuestra casa reinaba un clima preventivo. Me dicen que fui un chico fuerte e inteligente. Mis padres nunca quisieron saberlo y, por consiguiente, yo tampoco. Los demás niños podían cruzar la calle; yo logré hacerlo siete años más tarde. En verano mis compañeros viajaban para

aprender idiomas, pero en casa me decían que el extranjero era peligroso. A la más leve molestia ya estaba en la consulta del médico. Pido al Señor que si son padres y están leyendo mi caso, reflexionen sobre su propia historia y vean hasta qué punto los cuidados que dispensan a sus hijos constituyen una protección saludable o se basan en la desconfianza hacia ellos y hacia esta vida que yo, hasta hace poco, no supe que era maravillosa. Gracias"

J. M. R.

YAGO

Un día cenaba en casa de una feligresa. Su hijo Yago es un muchachito muy despierto, inquieto, preguntón y saltarín. Aquel día yo quería ayunar un poco. Primero las truchas. ¡Ay qué truchas, Dios mío! Pero yo pasaba del tema, como buen asceta:

-No, gracias. Sí me gustan, pero me reservo para luego.

-Pero, ¿por qué?, decía desconcertada la anfitriona.

-Es que, -por lo bajo y con voz misteriosa e irónica- me lo prohíbe mi religión.

Laura no se lo creyó evidentemente, pero su hijo se tragó el anzuelo por completo. Lo mismo ocurrió el gallo de corral, doradito y sabrosón. Y lo mismo al flan casero: "Me lo prohíbe mi religión". repetí con el mismo zumbón sonsonete. Fue entonces cuando Yago, saltó como un cohete:

-¡Oh! ¡Pero qué religión es esa que lo prohíbe todo!

La carcajada de todos todavía resuena por aquellos valles de la montaña. Sin embargo, la frase de Yago también nos debe hacer reflexionar porque va para todos. La fe, bien entendida, no prohíbe, sino que derriba obstáculos inútiles. La fe anima y empuja a hacer.

¿Qué clase de religión es la tuya? ¿Te ayuda a vivir? ¿Te sirve para ser feliz o para estar triste y temeroso?

La ternura maternal de María es bálsamo derramado sobre las heridas de nuestro corazón.

PERDÓN Y OLVIDO

De Mello cuenta la historieta de un cura que estaba harto de una mujer que todos los días venía a contarle las revelaciones que Dios personalmente le hacía. Quiriendo desenmascarar de una vez lo que de superchería había en tales comunicaciones, dijo a la mujer. «Mira, la próxima vez que veas a Dios dile que para que yo me convenza de que es Él quien te habla, te diga cuáles son mis pecados, esos que sólo yo conozco.» Con esto, pensó el cura, la mujer se callará para siempre. Pero a los pocos días regresó la beata. «¿Hablaste con Dios?» «Sí» «¿Y te dijo mis pecados?» «Me dijo que no me los podía decir porque los ha olvidado.» Con lo que no supo si las apariciones aquellas eran verdaderas, pero sí que la teología de aquella mujer era buena y profunda: porque la verdad es que Dios no sólo perdona los pecados de los hombres sino que, una vez perdonados, los olvida. Es decir: los perdona del todo.

Claro que, a veces, perdonar es difícil. Y es especialmente cuesta arriba perdonarnos a nosotros mismos. Hay demasiada gente que vive amargada contra sí misma, que no se perdona sus propios errores y fracasos y que convierte este resentimiento en agresividad hacia los demás. Pero la verdad es que pasarse la vida dándole vueltas a nuestros propios errores es señal de un refinadísimo orgullo. Quien, en cambio, se acepta serenamente a sí mismo, quien a la vez sabe exigirse y sonreír ante su propio espejo, ya está bien preparado para perdonar a los demás. Porque, a fin de cuentas, perdonar es siempre la consecuencia lógica de comprender y ser generoso. Marañón lo explicó muy bien, con una frase que me gustaría que el lector leyera dos veces: «Él que es generoso no suele tener necesidad de perdonar, porque está siempre dispuesto a comprenderlo todo y es inaccesible a la ofensa.» Exacto: el generoso es, literalmente, inaccesible a las ofensas. Puede alguien tratar de hacerle daño, pero la ofensa ni llega a él. El «no se siente» ofendido, porque es más rápido en perdonar que el ofensor en ofender.

Hay quienes parecen disfrutar manteniendo abiertas sus propias heridas. Eso, y no otra cosa es el resentimiento. Y no hay cosa más triste que esta gente que es esclava de sus viejos rencores. En lugar de dedicarse a vivir, parece que su oficio fuera sólo recordar, y recordar sólo lo malo. No se dan cuenta de que con ello se autocondenan a la tristeza. Y sufren doblemente.

Quéjate lo menos posible. Critica lo menos posible. Habla menos y haz más.